



LA CENTRALIDAD DE LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA CRISTIANA

La experiencia de la Palabra de Dios en nuestras vidas presenta un número, no pequeño, de dificultades conceptuales, pro nuestra cotidianidad —con mayor frecuencia— está llena de retos que tienen otras raíces. En efecto, manifestamos una cierta incapacidad para detenernos, la contemplación, escuchar, el diálogo o, simplemente, nos falta el hábito en la interiorización y todo esto ya supone en sí mismo un gran hándicap para encontrarnos con la Palabra de Dios. A menudo nuestro ego, la agenda, el mundo y sus acontecimientos son tan prioritarios que no podemos descentrarnos por las cosas realmente importantes. Apelamos, pues, a la falta de tiempo, cuando deberíamos decir que tenemos que priorizar determinado tiempo. Ante la Palabra de Dios constatamos una determinada dificultad para una aparente falta de resultados inmediatos. Nos cuesta afrontar los textos bíblicos por el poco conocimiento básico de la Sagrada Escritura, o bien, por la falta de un itinerario en su lectura. Nos preguntamos si es un libro bien escrito o, quizás, suficientemente comprensible a la luz de la mentalidad contemporánea. ¿Es creíble lo que explica? Pero todas estas cuestiones tienen unos grandes aliados en la dedicación, la formación, el acompañamiento y la comunidad que nos pueden ayudar a superar casi todos los obstáculos.

En cambio, preguntarnos y reflexionar sobre la centralidad de la Palabra de Dios tiene otro componente. Es interrogarnos, de algún modo, sobre la centralidad de Dios mismo en nuestras vidas, porque la novedad de la revelación consiste en el hecho que Dios se da a conocer en el diálogo que desea mantener con el hombre. «El Dios invisible, por la abundancia de su caridad, se dirige a los hombres como amigos y convive con ellos, con el fin de invitarlos y acogerlos en su convivencia» (*Dei Verbum* 2). La idea, pues, de la “comunicación amorosa” de Dios, en realidad va más allá porque tiene una enorme trascendencia a la hora de vivir el día a día —sea en la dimensión pastoral o comunitaria—, en el hecho de comprender el enigma de la condición humana y, también, al fomentar una esperanza salvífica. El mismo Pablo VI universalizó la expresión *colloquium salutis*, coloquio sí, pero de salvación.

Analogía de la Palabra de Dios

Las personas también nos comunicamos a través de la palabra y eso ha favorecido y ha desarrollado un sentido analógico de este concepto en el ámbito de la teología. Por tanto, debemos ser conscientes que es preciso captar la diversidad de significados o su pluriformidad sin perder el sentido unitario. «Como muestra claramente el Prólogo de Juan, en el *Logos* indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: la *Palabra estaba junto a Dios, la palabra era Dios*. Pedro esta misma Palabra, afirma Juan, “se hizo carne” (Jn 1,14); por tanto, Jesucristo, nacido de la Virgen María, es realmente el Verbo de Dios...». «Por otro lado, si bien es cierto que en el centro de la revelación divina se encuentra el acontecimiento de Cristo, debemos reconocer también que la misma creación, el *liber naturae*, forma parte esencial de esta sinfonía de voces en que se expresa el único Verbo. De modo parecido, confesamos que Dios ha comunicado su Palabra en la historia de la salvación, ha dejado escuchar la voz; con la potencia de su Espíritu, “habló por boca de los profetas”. La Palabra divina, por tanto, se expresa a lo largo de la historia de la salvación, y llega a su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. A demás, la palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: “Id por todo el mundo y anunciad a todos la buena noticia” (Mc 16,15), es Palabra de Dios. Por tanto, la palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia» (*Verbum Domini* 7). En el contexto de la creación, la tradición y la contemporaneidad —siguiendo la perspectiva conciliar— hay que establecer una relación entre la revelación y los rayos de la Verdad en las otras religiones, la propia vida, el mensaje y el testimonio de los santos y santas, y los signos de los tiempos.

Llegados a este punto y considerando los caminos y los instrumentos plurales a través de los cuales Dios ha hablado y los seres humanos han acogido la Palabra de Dios, uno podría preguntarse si todo tiene el mismo valor o si podríamos hablar de algo nuclear. El Papa Francisco afirma: «Todas las verdades reveladas proceden de la misma fuente divina y son creídas por la misma fe, pero algunas son más importantes, porque expresan más directamente el corazón del Evangelio. En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado» (*Evangelii Gaudium* 36).

¿Centralidad?

Tendemos a interpretar la expresión centralidad vinculada a un mensaje eclesial y a una actitud pasiva y conservadora. En el caso de la Palabra de Dios, ¡nada más lejos que esto! La Palabra de Dios es fuente de vida y por eso es creadora. Su centralidad revierte en la capacidad de dinamizar la vida y otorgarle un sentido más comprometido y de mayor plenitud. Esto significa que la contemplación de la naturaleza, la lectura regular de la

Sagrada Escritura, la oración comunitaria, etc., se convierten en elementos que provocan novedad. Esta centralidad nos empuja a un cierto descentramiento —habitualmente de mí mismo o de aquello a lo que estoy enganchado— para acoger a Dios, su mirada y su fuerza. La Palabra de Dios se tiene que traducir en camino e inquietud y no en situación de confort. En cualquier caso, otra cosa muy distinta es la paz interior experimentada por una profunda amistad con Dios. Pero no una centralidad paralizadora o narcótica, sino de verdadera itinerancia espiritual y de proyecto de vida. Es, en definitiva, una centralidad que invita a un encuentro para interpretar la vida con una nueva perspectiva —que quiere decir con un nuevo sentido—, actitud, compromiso y esperanza.

Texto y vida

No somos gente de letra o de palabras cerradas, sino abiertos. En efecto, «la Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, son la Palabra de Dios testimoniada y divinamente inspirada. Todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, a pesar de que la fe cristiana no sea una “religión del Libro”; el cristianismo es la “religión de la Palabra de Dios”, no de una “palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo”. En consecuencia, la Escritura debe ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar» (*Verbum Domini* 7). Esto es, una Palabra que, sin negar otros efectos de su vitalidad, produce también un incansable efecto *boomerang* al reformular y actualizar las preguntas y las experiencias del texto en la actualidad y de la actualidad con el texto.

¡En la vida personal, de la Iglesia y del mundo!

El don comunicativo de Dios, presente en el tradicional concepto de la Alianza, puede actualizarse en un lenguaje contemporáneo en la afirmación de que Dios nos quiere y nos convierte en sus “partners” (*Verbum Domini* 22), en el sentido de establecer una relación profundamente amorosa desde la libertad. La Palabra de Dios nos llama a una respuesta personal, no únicamente para iluminar los interrogantes más profundos sino —preferentemente— para dialogar y transformar la totalidad de la vida a partir de la Palabra. La Palabra se ha de convertir en un agente cotidiano y transversal y genera nuevas dudas, inquietudes e investigación. Pero sobretodo, proceso de crecimiento y transformación. Y algo similar se ha de decir de la Palabra de Dios como la “presencia” transformadora en la Iglesia. De aquí su centralidad en la liturgia, en la vida eclesial y en la comunidad. Pero un hecho aún más significativo: lo que radicalmente justifica el ser de la Iglesia es su misión centrada en el anuncio de la Palabra que supone un verdadero paradigma de la actitud y del compromiso en el mundo. De aquí que el Papa Francisco, en estructurar la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, haya tratado un amplio volumen de cuestiones sobre la evangelización a la luz de la alegría del evangelio que llena el corazón y la vida entera de quienes se encuentran con Jesús.

Cuaresma, el Año Jubilar y la palabra de Dios

«La Cuaresma de este Año Jubilar, es, pues, para todos un tiempo favorable para salir finalmente de nuestra alienación existencial gracias a la escucha de la Palabra de Dios y a las obras de misericordia. Mediante las corporales tocamos la carne de Cristo en los hermanos y hermanas que necesitan ser nutridos, vestidos, alojados, visitados, mientras que las espirituales tocan más directamente a nuestra condición de pecadores: aconsejar, enseñar, perdonar, rezar» (del mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma 2016). La llamada a la conversión proclamada durante el tercer domingo de la Cuaresma se llena de un proyecto concreto en el relato, por excelencia, de la misericordia de Dios (el hijo pródigo, LC 15, 1-3.11-32, cuarto domingo), y en el relato de la adúltera personada (Jn 8. 1-11, quinto domingo). Retirarse, celebrar, orar, ayunar, practicar la limosna y la solidaridad, abrirse a los demás y a los problemas del mundo, vivir las obras de misericordia, tienen en este tiempo un sentido especial: la transformación de nuestro corazón, de nuestra mente y de nuestras manos.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Cuál es mi experiencia personal de la Palabra de Dios? ¿Dónde sitúo las principales dificultades y dónde percibo los principales activos?
- 2.- ¿En qué sentido es “Palabra”, es algo “central” y tiene relación con la “vida”? ¿Puedo poner ejemplos concretos?
- 3.- ¿En qué aspectos concretos podría profundizar y/o progresar a partir de la Cuaresma y del Año Jubilar de la Misericordia?

Citas bíblicas

Génesis 1-2, 4.; Juan 1, 1-18; Mc 4, 1-20; etc.

Bibliografía

Benedicto XVI (2010). *Exhortación apostólica postsinodal «Verbum Domini»*.

Josep Otón (2014). *La mística de la Palabra*. Bilbao. Sal Terrae.

Barcelona, Marzo de 2016